

## UN "CABALLERO" EN TIEMPOS DE FELIPE III

(Aproximación lingüística)

Emilietta PANIZZA  
Universidad de Padua

En el mes de noviembre de 1647, se publica en Madrid El Pasajero (1) que puede considerarse la obra maestra del autor vallesolano Cristóbal Suárez de Figueroa (2). El texto es de tipo didáctico-dialógico y sus protagonistas son cuatro interlocutores: el Doctor -que es el intérprete más importante y el que habla como portavoz del propio Suárez de Figueroa (3)-; el Maestro -un teólogo, alter-ego del personaje precedente-; don Luis -un militar y joven galante-; e Isidro -de profesión platero, con aspiraciones a noble.

En la ficción del texto, los cuatro se encuentran, por casualidad, durante un viaje de Madrid a Barcelona y entretejen, en ese trayecto, unas apretadísimas conversaciones sobre los asuntos más variados. La voz solista, sin embargo, es siempre la del Doctor, el cual, a lo largo de los diez Alivios en que está repartido El Pasajero (4), luce su erudición y su sabiduría, pasando a tratar, con desenvuelta habilidad y penetrante conocimiento, los temas más distintos: de la retórica a la estética, de la teología a la política, de la geografía a las cuestiones de amor.

El Pasajero, en el cual Angel Valbuena Prat ve una modalidad de principios del XVII, es decir, "el entronque del costumbrismo novelesco con formas de sátira dialogada" (5), acaba por ser un cuadro vivo de la sociedad de finales del XVI y principios del XVII. Interesantes resultan las descripciones de ciudades de Italia del primer Alivio, las consideraciones sobre poesía y prosa del segundo, así como el concepto de historia de la comedia presentado en el tercero. El cuarto Alivio es un debate entre el Doctor y el Maestro sobre lo que hay que hacer "para ordenar un sermón", mientras, en el quinto, las observaciones sobre el amor, las damas y las dueñas llegan a ser divertidas y agudas. Las partes sexta, séptima y octava son una relación de tipo autobiográfico en la cual el Doctor habla casi ininterrumpidamente

de sí mismo y de sus vivencias en la Corte vallisoletana. Por fin, los últimos dos Alivios van dedicados, prácticamente, a varios "avisos" de galanteo y de cortesanía para Isidro, el "orifice", que desea llegar a ser un "caballero".

Cabe recordar que, durante el supuesto viaje, los cuatro interlocutores se presentan, alternativamente, contando detalles de su vida. Isidro es el primero en presentarse a los demás y, a propósito de su oficio, dice:

Siempre aborrecí mi ejercicio, como repugnante y violento en mi condición. Eran mis pensamientos más generosos y deseaba igual correspondencia en mis acciones. En este inter murió en Milán mi tío. Nombróme su postrera voluntad heredero de su hacienda, valuada en doce mil ducados. Mi patrimonio y dote valdrán otros ocho. Resuélvome con veinte mil en no ser más platero. Quiero ser noble, quiero comer mil de renta sin disgusto. Deseo en particular asegurar la conciencia, puesto que no hay arte de tanto riesgo para ella como la mía, por los engaños frecuentes, por las ganancias ilícitas. Ya os es manifiesta mi intención; resta ahora me apadrinen en este nuevo combate los avisos del Doctor, para que yo, sin nota, salga victorioso (99-100) (6).

Aprovechando, pues, la compañía de un camarada tan sabio como el Doctor, Isidro le ruega que le facilite unos consejos para entrar decorosamente en el mundo de los nobles. El Doctor no se niega a su requerimiento, pero intenta eximirse de la tarea indicando, como más apto para ella, al Maestro. El prelado rechaza, muy amablemente, la propuesta del Doctor, reconociendo de este superioridad para dar al discípulo las enseñanzas pedidas. Y añade:

...habiendo vos visto más, y más conversado, tocará a vuestra suficiencia dar satisfacción al interés del amigo (100).

La brevisima polémica termina en seguida, y a continuación el Doctor promete a Isidro:

...pienso dividir en dos partes este punto de nueva caballería: servíos de que le demos este nombre. Cefirá la primera los indecentes modos con que algunos noveles se introducen en ello, pasando en las cortes de falso. La última contendrá los requisitos necesarios en el que con buena intención (hablando al uso del mundo), sin ser noble, tiene impulsos de parecerlo. No apartaré los ojos de lo general, porque deseo carezcan de dientes los documentos. Así, cuando se alegaren consecuencias y símiles, serán imaginados, no verdaderos, sólo para corroboración de lo que se dijere (101).

Los consejos del Doctor empiezan con una disquisición chistoso-satírica sobre la oportunidad o menos de emplear el "don" antepuesto al nombre de pila. El tema lleva al le-

trado a una crítica vivaz, a veces violenta, contra un personaje (en quien no es difícil reconocer a don Juan Ruiz de Alarcón) el cual -en opinión del Doctor- había recurrido al "don" intentando ennoblecerse y acabando por ser solo ridículo. De ahí que desaconseje a Isidro la utilización del título.

El platero, dispuesto a escuchar y a poner en práctica todo lo que su mentor le sugiera, declara:

...quisiera... propusiérades las prevenciones con que me puedo hacer amable, granjeando la gracia de los con quien me tengo de introducir nuevamente, ya que estoy resuelto en esta determinación (107).

La resolución de Isidro se reafirma en la excluyente seguridad de esa aseveración. El joyero está decidido y no quiere abandonar su intención.

El Doctor, entonces, le reitera su promesa de ayuda:

Pronto me hallaréis en lo que el presente deseáis otra siesta, que no es este punto de oposición para de repente. Recogerá la memoria cuanto fuere de importancia; meditarálo despacio el entendimiento, y explicarálo la voluntad lo mejor que pudiere. Fuera de que también puede causar hastío el exceso de un solo manjar, conviniendo servir platos a varios gustos (107).

Recién pronunciadas esas palabras (estamos en el segundo Alivio), el Doctor pasa por alto el tema, que tanto le afecta a Isidro, y se preocupa por tratar asuntos muy diferentes con los otros compañeros de viaje. Solamente al cabo de mucho tiempo (finales del Alivio VIII), Isidro vuelve a llamarle la atención, diciéndole:

Gracias a Dios que sin hacer estorbo al hilo de tan varios discursos, podrá quien ha profesado en todos atención y silencio pedir satisfacción de lo que pretende debérsele por cortés promesa. Si os acordáis, consistió en algunos avisos y advertencias, por cuyo medio debía ser con suavidad introducido en el número de nobles, llamados comúnmente caballeros (532).

Esta amplia prolexis temporal tiene probablemente una triple función. Primeramente, una de significación "social". Isidro es un artesano hábil. Desde hace poco puede considerarse bastante rico para anhelar a mejorar su posición, pero hasta el momento ocupa uno de los últimos peldaños de la escala social de su tiempo (7). El Doctor, respetando la jerarquía de valores, vigente en su época, considera oportuno aplazar su contestación y satisfacer antes "el paladar" de los otros dos convidados, tenidos socialmente más en cuenta: el Maestro, un clérigo, y don Luis, un soldado. En segundo lugar, el motivo de la anticipación puede ser de carácter eminentemente "estético": mantener alerta la atención del

interlocutor, jugando psicológicamente con el clima de espera que suscita en él la promesa de los "documentos". La fuerza de semejante suspensión (y la consiguiente tensión que crea) se pone de relieve cuando el tema de la "caballería" es ulteriormente diferido por dos veces en el mismo Alivio. En esta parte del texto, durante una primera intermisión, Isidro escucha tranquilamente las divagaciones de los tres sobre una cuestión de "borrachera" y pone punto final a las varias opiniones de sus amigos, de manera muy cumplida y formal:

En esta conformidad, os ruego, paséis adelante, sin deteneros más en reprehender vicio que naturalmente aborrezco y de que con cuidado he huido toda mi vida (564).

Después de una segunda suspensión, en cambio, cuando el Doctor, don Luis y el Maestro parecen perderse en los recovecos de una discusión "eclesiástica" (si los nobles deben permitir que los prelados estén cubiertos o no en su presencia; por qué los curas no tienen la misma justicia al enterar a los pobres y a los ricos), el joyero se pone nervioso y estalla en una protesta entre plañidera e impaciente:

Cerca de Barcelona, ya casi puesto fin al viaje de tierra, deshecha la conversación que ocasionaba el rigor del estío sin haber dado a mi deseo la entera satisfacción que tan debida le era atrás por palabra y promesa, ¿qué sentimiento no podré tener? ¿Qué queja no será razón tomar (597)?

La última función de la prolepsis es la de diferir la discusión del problema "caballero" al final del viaje (cuando un diálogo extenso con los otros compañeros ya no tiene razón de trabarse), para poderlo desarrollar más intensa y ampliamente que todos los demás.

El interés por el asunto no cautiva solo la atención de Isidro, sino que supone una voluntad específica por parte del Doctor de dedicarse a una explicación tan exhaustiva. Es preciso no olvidar, además, que detrás del Doctor está siempre Suárez de Figueroa, el cual —como sostiene Manuel Puerta— "se siente atraído por ese tema...que...ha desarrollado mucho más que ningún otro" (8). Las vivencias mismas del autor pueden explicar su actitud frente a la cuestión "nobleza" (9). Pero, si —como intentamos demostrar en otro ensayo (10)— la identificación de Suárez de Figueroa —autor con el Doctor— narrador queda patente por algunos detalles del texto, no es maravilla que, como éste toma para sí, en la obra, la función principal y docente del consejero—omnipresente, Suárez de Figueroa procure con su tratado, sentirse imprescindible, ya que "un des principaux motifs de la création artistique est certainement le besoin de nous sentir essentiels par rapport au monde" (11).

Este puede ser uno de los motivos que permiten entender por qué el Doctor se deja llevar tan fácilmente por su locuela; por qué no abandona casi nunca su prerrogativa de elección y dirección de lo explicado. Es que este personaje trata de lograr su esencialidad, facilitando a Isidro "sus docu

mentos", afín de que ése los traslade a una existencia objetiva y colabore, así, a "realizar" la obra que él empieza solo por medio del lenguaje. Ese lenguaje -como veremos más adelante- es muy atinadamente escogido y cuidadosamente matizado, gracias también al empleo de la forma dialógica.

El Maestro y don Luis intervienen, en realidad, apenas en la discusión y la dialéctica del diálogo resulta, por momentos, bastante aparente. Las del Maestro son intervenciones casi siempre de apoyo a lo que afirma el Doctor, no de contraste. Sus breves paréntesis parecen expresamente abiertos para ampliar la opinión del Doctor, con ejemplos sacados a menudo de la tradición clásica (Posidonio, Augusto, Teodosio, etc.). Los reparos de don Luis, en cambio, son tajantes, contundentes, pero cuando hay peligro de que la discusión degenerare en debate abierto, el Doctor interviene y, con su muy hábil mediación, reanuda el hilo de lo expuesto.

El discurso directo del Doctor es mimético (en sentido aristotélico) y fuertemente dramático, y (aunque perdamos en la transcripción escrita el valor de gestos y ademanes que caracterizarían al personaje en un escenario real) es un discurso que permite al docente ocupar el primer término de la escena ficticia por él escogida, para poder manifestar sus habilidades lingüísticas. "On ne doit pas méconnaître -sostiene Gérard Genette- l'influence exercée pendant des siècles, sur l'évolution des genres narratifs, par ce privilège massivement accordé à la diction dramatique" (12): lo cual permite comprender cómo el Doctor, emancipándose de cualquier "patronage narratif" (13) aprovecha la ignorancia o la curiosidad de su improvisado amigo para hablar casi ininterrumpidamente con Isidro y, poniendo a su alcance un tratado de cortesía muy especial, trata un asunto que le hechiza a él también. La propuesta de Isidro sirve como aliante para abrir camino a su cultura y a su experiencia acerca del tema, y la larguísima disquisición, a que se entrega, se enriquece con una cantidad de detalles asombrosa (limitadamente al espacio que ocupa en los dos Alivios y proporcionalmente al desarrollo que tiene con respecto a otros asuntos tratados en El Pasajero).

La premisa, con la cual el Doctor introduce sus "documentos", es la siguiente:

Hállase perdida en estos tiempos aquella antigua preza de caballería tan observada en los pasados. Gozaba España, entonces, si de menos riquezas y ostentación, de más valor y virtud. Hoy están totalmente puestas en olvido las obligaciones del noble: mas ¿qué mucho, si casi todos posponen al deleite y vicio el amor y temor de Dios, mediante cuyos efectos se alcanza en este mundo gracia y en el otro gloria (537)?

A continuación, después de ensalzar la grandeza y el valor de España contra los infieles, empieza a detallar las prendas que deberían ser patrimonio del noble y los defectos de que debería huir. Los consejos no van clasificados con rigor lógico y preciso. Están desparramados en el curso de



la conversación, en una sucesión más o menos espontánea, que supone repeticiones, integraciones o puntualizaciones, necesarias precisamente para no quitar a la charla un mínimo de verosimilitud.

El Doctor proporciona sus preceptos convencido de que Isidro debe perfeccionar sus experiencias humanas, para organizarse una nueva vida. La necesidad de que su discípulo cuide con primor su preparación es puesta de relieve también por la relativa frecuencia con que el docente emplea el término curioso o curiosidad (14), casi a subrayar la diligencia en que debe inspirarse Isidro al proyectarse, como caballero, en el mundo de los nobles:

Hállase puesta (dice un curioso) la ira en los humanos entendimientos, como el acero en la punta y corte de cuchillo, para que corte donde y cuando sea menester (548).

Si acaso hubiéradades de peregrinar por mar y tierra, os fuera de particular provecho el estudio de la cosmografía, tratada por Tolomeo y otros con no menor curiosidad (598).

Teníalas puestas sobre una gran mesa, hechas legajos, con el concierto que suelen sus mercaderías los más curiosos tratantes (643).

La carga positiva aportada por la idea de curiosidad, en esa específica connotación de "diligencia" y de "cuidado", es tan evidente que obliga al tratadillo del Doctor a abrirse sobre horizontes de una puntualidad meticulosa. Lo cual justifica la afición del docente a presentar sus enseñanzas de la forma más circunstancial posible. El Doctor es, él mismo, un "curioso" quien facilita sus consejos en unas secuencias pormenorizadas, porque cree que, si su caballero debe ser "noble", las acotaciones a las varias posturas de la vida deben ser igualmente varias y multiformes.

En el abigarrado entrelazarse de dichos consejos es posible enfocar unas sugerencias paradigmáticas que permiten discernir, en la sincronía en que se facilitan: 1) el grupo de los preceptos que constituyen las virtudes del cortesano; 2) el grupo que comprende una serie de vicios reprobados; y 3) el conjunto más numeroso, que abraza una sarta de consejos prácticos con referencia a: a) la vida pública o mundana; b) la vida privada; c) la vida de relaciones y d) la de los negocios (15).

Entre las virtudes, el Doctor ensalza: la devoción y la frecuentación de las iglesias, con objeto de mejorarse sinceramente (538); la liberalidad para con los pobres (539) y la piedad hacia los tullidos, ciegos, enfermos y niños (541); el perdón de las injurias (551) y la comprensión por los que poseen algún defecto físico (552/553); la voluntad de "meter paces" (556) y la capacidad para no revelar los secretos propios ni entender los ajenos (567); el respeto por el honor de las mujeres honestas y vergonzosas, sobre todo si son pobres (568); la pobreza y parquedad (570-572);

la sinceridad (577) y la obediencia a la justicia (579); la fuerza en las adversidades (582) y la humildad (582); el amparo de los que están oprimidos injustamente (589) y el respeto a sacerdotes y religiosos (590); la capacidad de escuchar mucho y hablar poco (599), la práctica de la virtud (en ténida como la suma de las distintas cualidades que cada persona "digna" puede tener singularmente en sí) y de la modestia (considerada como contraria a la maldicencia) (660).

En la condena de los vicios, el Doctor apunta sus dardos contra: la blasfemia (541), la mentira y la hipocresía (542 y 544), la adulación (544) y la ira (547). También merecen su reprobación: la glotonería (533) y la borrachera (561); los engaños (máximamente contra ignorantes), la demasiada credulidad (575) y la excesiva confianza en sí mismo (588). Vitupera: la ociosidad (597), la soberbia y vanagloria (601), la manía de divulgar faltas ajenas (605), el no socorrer a los necesitados (606), la falta de palabra (612) y la codicia (633).

Bajo la definición de consejos prácticos, puede reunirse la secuela de advertencias que el Doctor transmite a Isidro y que corresponde, real y sencillamente, a un conjunto de "reglas de buen vivir", dirigidas al joven aspirante a caballero para tratar el tema de la convivencia cotidiana, entre personas de diversa categoría.

Los consejos que conciernen a la vida pública o mundana prevén: que el caballero aprenda a cabalgar, que participe en juegos de cañas, que frecuente mucho la plaza para ser conocido, sea en ocasiones de fiestas, sea con motivo de procesiones (545). Es importante sobre todo llamar la atención sobre sí, ya por el traje, ya por la devoción (545), procurando aparentar importancia de títulos e "insignias" (546), este nuevo noble debe también: ir al teatro, para no perder "representación nueva", y guardar silencio durante la función (555); sacar la espada en algunas ocasiones (aunque sea a título de "meter paz"), pero hacerlo, de ser posible, en lugares públicos (564); ser desenvuelto en las conversaciones y pasarse por sordo a veces (567); participar en banquetes (569) y alabar durante la conversación sus propias cosas (573). Además de eso, es oportuno que no sople hablando, que sostenga la conversación sin demasiados gestos, y camine con pasos ni grandes ni pequeños (600), que sepa contestar convenientemente y evite la lisonja y la porfía con personas susceptibles (658).

En la vida privada, el joven noble debería observar las reglas siguientes: no ser nocheriego y no comer muy a deshora (554); descansar sin llegar al ocio (554) y vestirse despacio con ayuda de los pajes (555). Se recomienda también: el aseo personal no exagerado (557), la comida modesta y genuina (558-559). Una larga lista de reglas gobierna el trato con los criados (583-584), mientras se juzga provechosa la lectura de buenos autores (598) y digno de desprecio el amor a las ciencias "ocultas" (641).

El Doctor no pasa por alto los consejos para la vida de relación, que atañen propiamente a las relaciones humanas

y políticas, en el medio social a que Isidro ansía ser admitido. En un mundo semejante hay que saberse desarrollar de manera especial. Por ello, el Doctor llama la atención de su discípulo sobre: la habilidad de escoger las amistades (580), intimando con personas importantes (589), como los caballeros de las tres órdenes (600-601). Le aconseja humildad y cuidado con los príncipes (608), poca comunicación con muchachos y deformes, y cierta amistad con ancianos sabios (628-629), y recomienda paciencia y nuevamente humildad al caer en desgracia de los poderosos (639).

Tan importantes como dichas relaciones, el Doctor parece considerar los compromisos de negocios y subraya cómo el noble inteligente y precavido debe reunir en sí las habilidades materiales para vivir tranquila y serenamente: debe ser buen pagador (576-577), consultar con sus amigos cuando se trate de negocios importantes (588) y atender a esos negocios tempestiva y velozmente (610). No tiene que meterse en las fianzas (612), debe gastar su renta con discreción (613) y huir de los pleitos (619). Al pedir consejo a sus domésticos y familiares para el "buen gobierno" de su hacienda, el joven prudente ha de guardar para sí la decisión definitiva y la elección de trabajadores expertos (620-621). Por fin, le aconseja levante una buena vivienda para vivir en ella con su familia y, si le sobran habitaciones, aproveche su arrendamiento (625-628).

Subrayamos anteriormente cómo el personaje del Doctor campea en el centro de la situación narrativa de todo *El Pasajero*, con su presencia constante y activa, en calidad de mentor de sus camaradas. Es siempre él la persona más implicada a hablar cuando entabla conversación con Isidro sobre el estatuto del moderno caballero. En efecto, el Doctor se sitúa en el interior de su enunciado, y su yo inmanente no se borra nunca de la instancia dialógica, imponiéndose, casi para demostrar que él no puede ser "dans son récit une comparse ordinaire: il ne peut être que vedette" (16). Ese yo suyo -sobrentendido o abiertamente expresado en la cadena hablada- pone de relieve hasta qué punto no quiere ceder a nadie el privilegio de su función narrativa:

Persuado [yo] tratéis al volver a España de introducirnos en la caballería con los arduos que muchos (544-545).

En Madrid fue un viejo mi vecino, por fama, de mucha hacienda, y tan deslucido, que recién venido yo al barrio, no conociéndole, compadecido de su ancianidad, sin pedirmele, le ofrecía limosna (571).

Infiero [yo] de lo apuntado hasta aquí ser cosa discretísima huir, así de las ocasiones de engaños como de porfías (658).

Pero, en realidad, charlando con el joyero, la instancia de discurso cae propiamente sobre ese último. Isidro es la persona "no-subjetiva" (17), que se coloca frente a la "persona subjetiva" (18) del Doctor, y con ella entretiene



una correlación de subjetividad-objetividad muy especial. El Doctor permite, en efecto, que Isidro, su "no-yo", adquiere tal trascendencia (como atento receptor de sus advertencias) que, a lo largo de su amplia relación, su persona pronominal acaba por pasar, a menudo, en segundo término, en pro de un vos, utilizado como fórmula de tratamiento entre iguales (19):

compraréis [vos] un caballo, y tomando liciones de andar diestramente en él, pondréis cuidado en ser admitido en algún juego de cañas que con vuestras inteligencias no será difícil, y más si comprarédes oficio público (545).

No hay cosa tan bien recibida de los discretazos como no perder de vista jamás las malicias y dobleces, ardidés y estratagemas. Tienen por regla acertada engañar para no ser engañados... Será fuerza solicite en vos este inconveniente grande cuidado (571).

No os debéis fiar de todos, por lo que pudiere resultar de vuestras quejas y recrearse de chismes y glosas falsas (639).

Ese vos, con el cual el Doctor trata a Isidro (y que se presenta en el diálogo con todos los interlocutores), logra, en el contexto especial de El Pasajero, un "valor de alocución estrictamente personal y así familiar" (20), porque el Doctor, asumiendo para sí el rol docente, quiere tratar a sus compañeros, de forma amistosa y cordial. Pero, además de conocer el valor literario y social del voseo (21), el Doctor utiliza -creemos-, en su charla, la segunda persona verbal pluralizada con un significado "dilatado más allá de la persona estricta, a la vez acrecentado y de contornos vagos" (22). Porque Isidro es, así, el que aprovechará de inmediato sus enseñanzas, pero los preceptos que se imparten le sobrepasan, para alcanzar un público más numeroso. Lo cual se comprende fácilmente cuando el Doctor amplía su conversación, dirigiéndola evidentemente a una generalidad imprecisa, que abarca un sinfín de sujetos. El Doctor no revela expresamente esa intención suya: resulta clara todas las veces que recurre a formas características de construcciones impersonales:

No conviene, pues, ni es lícito menospreciar los que menos saben o pueden; antes, se debe tener de ellos piedad y compasión, defendiéndolos en todo lo que se les ofreciere (552-553).

Quien desee hacerse libre y absoluto señor de sus criados, fuera de pagarlos con puntualidad, no les mande cosas injustas ni deshonestas (585).

Grande es la perfección de la virtud; no altera al que la sigue ver desacreditadas sus obras. Ríese de los ultrajes del mundo y estima sus infamias por honras (602).

Afirman proceder al mundo tanta copia de viejos locos de la penuria de mancebos sabios. Tuércese con dificultad la costumbre, y por esta razón no es de maravillar que no pase a la senda áspera y angosta de la Virtud quien en su mocedad siguió el ancho camino de los vicios (631).

Dos virtudes hallo riquísimas, y que raras veces se hallan en los hombres: modestia y humildad. Precioso talento alcanza quien se enriquece destos admirables ornamentos (660).

Gracias a lo impersonal de dichas expresiones, el Doctor parece dejar sobrentendido que sus palabras se dirigen a un conjunto indefinido de seres, que están más allá de Isidro y representan, en su ser indefinibles, a unos espectadores universales, "no-personales", de quienes desea llamar la atención. Un público impreciso, en suma, fuera de un tiempo y espacio bien definidos, que engloba al lector de cualquier época representado en cierto tipo social.

Para convencer a Isidro (y a ese supuesto auditorio ampliado) de la validez de sus consejos, el Doctor utiliza un lenguaje fuertemente emotivo que destaca -lo repetimos- una enérgica intencionalidad comunicativa. El Doctor quiere enseñar algo, y lo hace impresionando a su discípulo y cautivando su atención con la energía de sus aseveraciones. Con el objeto de resultar más convincente, se deja llevar a sí mismo por la fuerza de lo que afirma, y esa fuerza la expresan locuciones cargadas de emotividad.

La interjección -considerada por antonomasia "expresión pura de emotividad" (y, por consiguiente, de indudable connotación sentimental) es, sin embargo, poco usada. Relativamente numerosos son solamente los ohes con que se introducen varias exclamaciones, todas ellas equivalentes a "un grito de emoción, a un desahogo de los sentimientos que embargan u oprimen" (23):

¡Oh, cuántas caricias se deben hacer a los pobres, y cómo es justo mirarlos con vista llena de amor (539)!

¡Oh, cuántas veces quedan sin debida pena grandes insultos y maldades por impedir el medio poderoso la ejecución de justicia (589)!

¡Oh, perversa ambición, madre de infinitos males (632)!

Más abundantes aparecen, en el discurso, las interrogaciones retóricas que, en un solo párrafo, se subsiguen, a veces, casi ininterrumpidamente, a manera de cascada burbujeante e irrefrenable:

Pero ¿qué afrentas, triste de vos, no os sobrevendrán, si excluyérais las lisonjas de vuestro término?... Mas ¿quién no desea ver hinchadas las velas desde ventecillo, mientras navega el bajel de la vida por el piélago deste mundo? ¿Hay yerro tan

grande como querer hacer tropelias a los ojos? ¿Qué tocado y viendo el más vil corcovado los bultos de la espalda y del pecho, guste de que le llamen gentilhomme, y que, por lo menos, alaben en él las piernas, o cualquier otra parte menos lisiada? ¿Que quiera ser encarecido de discreto y docto el graduado en todo idiotismo? ¿Que el oscuro por nacimiento anhele por la cumbre más superior de calidad, y que, sabiéndose quiénes fueron sus padres, pretenda poner forzoso olvido en lo que tiene delante? ¿No es necesidad? ¿No es deslumbramiento (544)?

Esas interrogaciones, que sirven para evidenciar la certeza del que las formula, son mucho más eficaces que unas simples e incisivas afirmaciones, y connotan el carácter socarronamente irónico de la duda. Y si, en ellas, tuviéramos que evaluar también el rasgo suprasegmental de la entonación, no haríamos sino poner aún más de relieve el valor funcional de "risita maligna" insita en los prosodemas.

Esto resulta particularmente evidente en otra serie de interrogaciones del mismo tipo, con que el Doctor —en ascuas por la conducta indigna de los que se consideran demasiado pronto "camaradas de grandes señores", siendo solo unos "escuderos"— se abre violentamente a la crítica, no solo poniendo en en la picota a esos desvergonzados, sino tratando despreciativamente, con un tú genérico, a todos los que se portan como ellos y merecen ser tratados como seres socialmente inferiores:

Hablan briosamente (osadía desvergonzada) en su presencia, atreviéndose por acá fuera a blasonar que tienen por amigo al tal personaje o titulado. Tonto que lo haces así. ¿no consideras que provocas risa en cuantos te escuchan? Si no, dime: ¿qué simpatía puede haber en tan crecida desigualdad? Tú, pobre, y por suerte lejos de virtud y nobleza, desvalido y sin poder, ¿cómo te podrás ajustar ni unir en voluntades con quien por la mayor parte abunda de lo que en tú padeces penuria? El poderoso, el nobilísimo, el emparentado con la mejor sangre, el con extremo rico y de ordinario ceñido de regalos y olores, ¿no quieres se desdeñe por instantes de comunicar familiarmente con quien muere de hambre, con quien si trae cuello, puede le falte camisa, y zapatos si tiene medias (607-608)?

Salta a la vista que la ironía adquiere, aquí, un carácter áspero, violento; el Doctor se la toma con los osados que se atreven a tratar familiarmente a los de diferente nivel social, pero la implícita condena de los de alta condición, incapaces de comprensión humana, transforma su desdén en amargo sarcasmo.

En algunas ocasiones, la caracterización de las interrogaciones retóricas se complementa e intensifica con un juego anafórico en el cual los sonidos consonánticos (especialmente los fricativos sordos) ocupan un papel no indiferente.

con su tonalidad oscura y veladamente amenazadora:

Mas ¿quién deja de saber haber sido siempre los hombres unos, unas las virtudes en ellos, y unos también los vicios si bien disimulados tal vez con algún disfraz (578)?

¿Es posible haya quien de propósito ayuda a un incorregible, a un ladrón salteador y falsario? ¿Es posible que no se cubra el rostro de vergonzosos colores cuando la inconsiderada lengua forma ruegos y palabras con algunos destos (589)?

¿Qué fríos, lluvias y nieves no padecen de invierno? ¿Qué ardores y cansancios no sufren por estío (624)?

El sapiente empleo de semejantes reiteraciones destaca "la emoción y acentúa el significado de lo que expresa" el que las pronuncia (24). Y, además de representar algo muy vivamente, por efecto del ritmo, recalcan una intensificación individualizadora que, por pertenecer a la especial forma de interrogación, no se dirige solamente a Isidro (puesto que no se espera ninguna contestación de su parte), sino a todas las personas que puedan escuchar (o leer), procurando acaparar la conformidad de aquella colectividad indeterminada, a la que aludimos más arriba.

Por ello, las enseñanzas del Doctor poseen la peculiaridad de no ser nunca frías. Admiten todos los matices de la expresividad; prevén la contrariedad, la simpatía, la antipatía, hasta el menosprecio; se imparten con determinación, vehemencia, irritabilidad; nunca con desdago alejado y ecuanime. "L'expressivité —explica Pierre Guiraud— est essentiellement affective; elle exprime des émotions, des désirs et lorsqu'elle affecte de simples jugements intellectuels, c'est pour les colorer de sentiments; elle affirme catégoriquement, elle dénie avec passion, elle interroge avec angoisse. D'autre part, elle est, par définition, subjective, et toujours manifestation du sujet parlant..." (25). Así la función emotiva de la charla del Doctor. La cual, pudiéndose juzgar sencilla, al trasluz de la prosa barroca, manifiesta su vivacidad irrestañable, aun cuando pueda considerarse algo prolija.

La gran carga emotiva de los recursos retóricos, que acabamos de analizar en el habla del Doctor, estriba también en el empleo que ese personaje realiza con los formantes diminutivos. En otro ensayo hicimos hincapié en la presencia considerable de esos pleremas en el conjunto de El Pasajero (26). Ahora, volvemos a llamar la atención sobre ellos, porque, en las páginas que se dedican al tratado del caballero, aparecen en cantidad suficientemente significativa para definir, con su presencia, la subjetiva visión del hablante acerca de lo que afirma o explica.

Amado Alonso ha subrayado ya, de manera puntual e insuperable, en su famoso y "clásico" artículo, cómo "el uso más abundante del diminutivo es el de las funciones emocional.

representacional y activa" (27). y el temple emocional de los diminutivos, usados por el Doctor, destaca particularmente cuando esos infijos van prodigados en una frase persistentemente, como si el locutor -empujado por la tensa turbación que le domina- fuera incapaz de refrenar su sentimiento y solo con la exuberante concatenación de aquéllos pudiera desahogar su afectividad, caracterizándola con una sorprendente mordacidad, sutilmente velada de despectiva ironía:

Fuera de que tales contrahechos, con la seguridad de pobretes, endeble y míseros, se arrojan a decir licenciosas libertades, por quien se hacen bien a menudo merecedores de que les zurren los carrillos. Aunque cierto se les había de tener com pasión para no brumarles los huecezuelos, que es lástima de hacerles mal, y más cuando, a manera de muchachos, donosas y entretenidas sabandijuelas, son con sus lenguas picantillas, el bureo del mundo, la gaitilla del lugar y el verdadero quitapesa res (629).

Los "apreciativos" (28) más numerosos son los en -illo; en cantidad bastante inferior se encuentran los en -ete; mientras que los en -ito y en -uelo son decididamente escasos. Gracias a esos estilemas, el Doctor introduce una nota claramente desvalorativa en lo que está diciendo, y puesto que su áspera sensibilidad necesita una vibración para manifestarse, intenta suavizar su invectiva graduándola con un lexema aparentemente cortés:

En las procesiones del año será acertadísimo ponerlos en extremo galán, y, sobre todo, en la de Corpus, con rico cintillo y muchas cadenillas, recorriendo a menudo las calles por donde ha de pasar; que en tales días cobran gran estimación los bien vestidos (545).

Publicó cierto conocido un librete de unas otavas devotas, y tratando algunas veces conmigo de su excelente cultura, le colocaba en las esferas. De ningún modo quería admitir por compañeros a Virgilio y Tasso; antes afirmaba hacía su poema a los de entrambos conocidas ventajas en todo (573).

Causan abominación algunos mozuelos (tan ignorantes como presumidos) que tienen por caso de honra no ceder en cosa de cuantas se proponen en la conversación (599).

Cuando el Doctor añade esos formantes apreciativos a una expresión, le infunde una marca de afectividad muy subjetiva, de la cual no se puede separar su individualidad interesada, casi siempre en postura despectiva. Solamente los sufijos en -illo siguen, a veces, "la norma general y significan disminución, ya sea en sentido conceptual o axiológico" (29), como en el ejemplo que va a continuación, en el cual el diminutivo adquiere un matiz indudablemente positivo, informado por una conmovida participación:



Prométoos pasé el tiempo que asisti en la Corte una vida llena de alegría y contento. Su báculo era una olla; su habitación, salilla con el socorro de una alcoba... Propias calidades de semejante albergue eran ser fresco de verano y templado de invierno (572-573).

En otro caso, la significación disminuidora del diminutivo cobra -gracias al adjetivo atributivo que le va antepuesto- una valoración de "poquedad", que encierra en sí un deje de íntima ternura, basada en la deferencia conmisericordiosa que el diminutivo conlleva en su valor:

Suele el oírse loar descomponer al más templado; mas el cuerdo, en medio de tal tentación, da gracias a Dios por la suprema merced de que, siendo un bajo gusanillo, le conceda ser alabado en este mundo (601).

Pero -como dice Amado Alonso, muy acertadamente- "en el lenguaje realmente coloquial o en escritos que lo representan, con grandísima frecuencia el sufijo supone una corriente activa o emotiva... hacia el interlocutor" (30). En efecto, las palabras del Doctor tienen como objeto principal el de actuar sobre Isidro, el de encontrar en él una "resonancia acorde" (31) que permita al docente monopolizar su voluntad y convencerle de la eficacia de sus aseveraciones. He aquí por qué algunos formantes diminutivos, enfatizados en interrogaciones retóricas, sirven para llamar la atención al interlocutor, con una afectividad patentemente "activa":

Emana de aquí el perniciosísimo nombre de adulador, cuya propiedad imita la del escorpión, que con los brazos delanteros y con la lengua acaricia y regala; mas con la cola pica y avenena al que puede tocar... Mas ¿quién no desea ver hinchadas las velas deste ventecillo, mientras navega el bajel de la vida por el pielago deste mundo (544)?

Por vida vuestra que evitéis la demasiada comunicación con muchachos, que os pondrán por instantes a grandes riesgos sus verdores... ¿Qué provecho se puede sacar de un mancebito, y más si se precia de galancete y cortesano (628)?

¿Hay donosidad como oír a un habladorcito con demasiada satisfecho de su gorjeo y prosodia, todo pausas, todo escucharse, y al cabo de hablar diez horas, para en haber hecho ostentación de tordito, sin que de cuantas palabras gastó se pueda sacar un adarme de fruto (654)?

Esos sufijos diminutivos, pues, no enfocan tan solo la intencionalidad emotiva del hablante, sino también desempeñan un papel instructivo y exhortativo respecto a Isidro que los oye y los juzga.

\* \* \*

Es oportuno, a este punto, especificar que la expresividad del habla del Doctor constituye como el substrato de la charla que entretiene con Isidro, pero que la función emotiva no es la predominante en la conversación. Todo El Pasa-jero, por su carácter de texto didáctico, orienta su mensaje hacia unos destinatarios dispuestos a escuchar, y lógicamente, es la función conativa la que se impone en su código lingüístico. Es, esa función, expresamente apta sea para suscitar en los receptores del mensaje una atenta curiosidad, sea para invitarlos a una participación despierta y activa en la discusión. Para alentar la atención de Isidro, el Doctor se le dirige apostrofándole, por lo general, de manera rotunda, que parece no admitir discusiones. Los consejos que le facilita aparentan ser más bien órdenes que sugerencias.

Terminantes son los mandatos que formula haciendo uso de formas futuras:

Compraráis un caballo, y tomando lecciones de andar diestramente en él, pondréis cuidado en ser admitido en algún juego de cañas... (545).

Si esto sucediese en vuestra casa, recibiréis a los amigos como se debe a hombres nobles, hablando los con amor y rostro alegre (569).

No excusaréis un pajecito, mensajero de amor, que saque por las pisadas la fiera que deseáis ver doméstica (584).

Así, no hay que dudar en el buen gobierno de la vuestra [hacienda]; mas si acaso viniese en tan grande aumento, que fuese menester valeros de ajenos pareceres, daréis grato oído a los que os dieren vuestros domésticos y familiares... (620).

Esos Futuros pertenecen al grupo de tiempos que Heinrich Weirich reúne en el ámbito del mundo comentado, y que indican una "actitud tensa tanto del cuerpo como del espíritu, como nota general de la situación comunicativa, no narrativa" (32). El autor alemán insiste (justamente, según lo que pensamos, y su aserción se amolda muy bien a la situación de nuestros protagonistas) en el hecho de que el hablante, que recurra a dicho tiempo, está fuertemente comprometido con lo que dice, y se deja llevar por la tensión e importancia de lo que afirma, acompañando sus aseveraciones con una señal por la cual "no se permite, o al menos no es adecuado, escuchar relajadamente" (33). El futuro, además, expresa acontecimientos que todavía no han tenido lugar, pero realza la certidumbre de que "las acciones se realizarán, seguramente, al poco tiempo" (34).

El futuro del Doctor es, pues, un futuro tético, una forma singularmente expresiva de Imperativo que "evoca previamente la efectiva ejecución de un mandato al que ese mismo sujeto no se sustrae" (35). El pródigo empleo de esa forma de futuro, por parte del Doctor, demuestra claramente que su papel docente adquiere un matiz fuertemente "categórico", y que sus consejos -con el ímpetu agresivo que él les

infunde- tienen un carácter radical.

Cuando no emplea ese futuro, el Doctor usa otro modo verbal, propiamente absoluto, el Imperativo:

Huid de los grandes señores, puesto que, como sabéis, a todos los que no son de su casa, o, por mejor decir, sus iguales, honran con el título de pícaros, o, a bien librar, de escuderos (546).

Amparad los injustamente oprimidos y redimid con vuestra intercesión injustas vejaciones (589).

Haceos grande amigo de Séneca, porque en cualquier Fortuna os mostrará a ser firme y constante (598).

Poned de contino límite al deseo, si queréis vivir sobrado. No compréis lo superfluo y que por ningún caso habéis menester (613).

Tal Imperativo es un modo "cuya significación propia consiste en ser perfectivo en el futuro" (36), y destaca, en el que lo emplea, la voluntad de indicar "una manera de actuar y de modificar a través del actuar elementos de una situación dada" (37). Pero la "perfectividad" del modo Imperativo -como subraya Francisco Marcos Marín- está en la conciencia del que manda" solamente (38). Lo cual significa -en nuestro caso- que cuando el Doctor ordena "imperativamente" a Isidro que ejecute lo que le aconseja, él no puede sino dirigirle una exigencia que considera digna de tomarse en cuenta. Con ello, pone el acento sobre lo subjetivo de su prescripción, "cuya subsiguiente ejecución se presenta como supositiva", ya que el oyente puede siempre negarse a realizarla (39).

De lo dicho se infiere que, aunque el Doctor prodiga muchos de sus consejos en Imperativo, él no está tan seguro de que su discípulo los escuche y acepte; mientras, al contrario, cuando se los propone con un futuro categórico, parece no admitir oposiciones y da la actuación de las acciones por descontada.

Si tenemos en cuenta, otrosí, que las formas futuras abundan, especialmente, en el Alivio IX, en el momento en que el Doctor empieza a platicar con Isidro, la presencia de semejantes formas, en la primera parte del tratado, sirve para radicalizar la nota "decisiva" con que el Doctor desea facilitar sus enseñanzas. La colección de consejos, que pertenece a ese Alivio, cobra, así, un aire de seguridad que destaca el entusiasmo vital con que se imparten, pero esa seguridad va menguando a medida que la conversación procede.

Bien mirado, cierto recelo se insinúa siempre en las afirmaciones del Doctor, quitándoles parte del vigor que manifiestan. Los trazos certeros, con que se gastan los consejos, pierden energía, en efecto, cuando ellos van introducidos por expresiones que denotan, más que una certeza, una conjetura personal.

Al expresarse el Doctor de la manera siguiente:

Casi estoy dudoso en lo que os deba aconsejar acerca de particular semejante, porque recelo no conseguiréis el fin que habéis de intentar si se hallaren verdades en vuestras razones... (543);

Así, no querría os ocupáseis ni un momento en las paces deste jaez (566);

Convendría, siendo posible, tener algunos criados cuyos oficios hagan rumor (583).

resulta evidente que sus aseveraciones adquieren la expresión de afirmaciones posibles. Ellas pueden contener en sí sea una carta impresiva, sea una carga "metafórica" -en palabra de Andrés Bello (40)- que las despoja de toda fuerza de aserción, otorgando a las formas verbales de un Potencial, empleado con fruición, una subjetividad descargada de la agria rudeza que una imposición supone. El Doctor, en suma, trata de encauzar su primigenia vehemencia docente entre los límites de una expresión que sea producto de una didáctica "comprensiva", de una didáctica que convenga a su alumno con la fuerza de las razones aducidas y gracias a juicios formulados en virtud de un fundamento. Por esto, se preocupa de que sus enseñanzas alcancen lentamente el sabor de consejos benévulos, casi desapasionados. El tono contundente, que sus dictámenes presentan al principio, se esfuma y mitiga en una inflexión cortés, a medida que se aproxima el final del viaje, aunque, por contrapartida, su voz docente no pierda del todo el matiz irónico-sarcástico que le caracteriza cuando habla de la sociedad del tiempo.

La presencia, cada vez más frecuente, al paso que el tratado avanza, de locuciones como las que van a continuación:

Por tanto, deseando no incurráis en falta tan común y general, no olvidaré persuadiros apliquéis los ratos que os sobraren de forzosas ocupaciones a la lición de autores aprobados (597);

Suelo aconsejar a los que quiero bien y tienen con qué pasar den con todas veras de mano a cuidados y negocios, por la inquietud de que intrincándose en ellos participan cuerpos y alma (610);

Es prudencia no trabar conversación con personas vidriosas, inkomportables, rebeldes... (659),

demuestra suficientemente que las palabras del Doctor se dan -según su propia afirmación- como avisos, como "advertencias...", pidiendo se excusen las faltas y se admitan los deseos de acertar, siquiera en alguna cosa" (661).

Con ello se recalca cómo, a través de las formas verbales empleadas por el Doctor, es posible adivinar, allende la seguridad con que ése va proponiendo sus enseñanzas, una inseguridad de fondo, fruto -en nuestra opinión- de un con-

cepto de la vida pesimista y desconfiado. La riqueza de Imperativos, que se encuentran en el Alivio X (el último), es una de las razones evidentes del paso gradual de la exaltación inicial (que permitía la formulación de los consejos en Futuro, con un espíritu casi jubiloso) a una sensación de desaliento (que empuja, tal vez inconscientemente, al maestro a dudar sobre su realización). Dichos Imperativos tienen, la mayoría de las veces, un significado "hipotético, concesivo", porque el Doctor habla, cada vez menos veladamente, con el beneplácito de la incertidumbre: propone, pero no está seguro de que sus enseñanzas sean puestas en práctica por Isidro. Tanto es así que, exactamente en la última parte del tratado, varios Imperativos van unidos a una oración hipotética y expresan una consecuencia que emana de una condición "...no efectiva, sino según toda probabilidad; lo que significa que el acontecimiento que evoca [podría] no producirse" (41):

Si por ventura (...) tuviéredes necesidad de que os presten, sed puntual en volver lo prestado, sin dar lugar a que se verifique en vos aquel dicho que "el no pagar es un hurtar disimulado" (606-607).

Si en agradecimiento del presto y buen despacho os fuere forzoso hacer algún reconocimiento, no lo dilatéis; que ganaréis más gracia (610).

Si os embistiese la malicia de alguno y os forzare la necesidad a seguir tribunales para eximiros del engaño, maldad y tiranía ajena, procurad entonces que no os falte diligencia (615).

El que escuche (o lea) fuera del contexto dialógico tiene como la sensación de que el Doctor, a medida que va desarrollando su discurso y descubriendo, con cierto encono, los defectos de la sociedad (lo cual parece importarle sobremanera), al cotejar los defectos de esa sociedad con la conducta de su caballero, juzga con desencanto hasta sus propios consejos, y los dirige a Isidro con una punta de ironía, como si estuviera convencido de que —en el desbarajuste moral y social donde será dado vivir a su ejemplar humano— el carácter epidíctico de sus palabras podría casi no tomarse demasiado en serio.

Por ello, la rozagante confianza con que sostiene las primeras advertencias se viste de circunspección y el docente acaba por invitar —no por imponer— a Isidro a que reflexione adecuadamente sobre ellas, suavizando la llamada a ponerlas en práctica con la benevolencia de expresiones que limitan lo tajante de sus consejos:

A lo mismo os exhorto, pues el fruto que de ello sacaréis será participación de virtud, juicio, costumbres, gravedad (630).

No es bien dejarse conducir del hervor de la edad, ni ensanchar el ánimo en lo que trae consigo cierta perdición y despeñamiento (647-648).



Cordura es no pretender el primer lugar en cualquier ocasión (660).

\* \* \*

Tal vez sea un sentimiento de desconcierto ante el mundo de que habla el que infunde en las locuciones del Doctor ese deje que nos atreveríamos a tildar de "paternal". Lo cierto es que el docente, deseando que sus enseñanzas sean no solo bien aceptadas sino perfectamente entendidas por Isidro, emplea con él un lenguaje cuanto más sobrio y sencillo.

Entre los dos interlocutores existe, en efecto, diferencia de competencia lingüística. Isidro se da cuenta de ese desnivel en el momento en que el Doctor trata el asunto del arte de la esgrima con un vocabulario extremadamente especializado. Es entonces cuando el joyero tiene como una reacción de recelo e impone un alto a su ilustre amigo, sintiéndose aturdido por sus conceptos:

Tened, por Dios; que me habéis dejado atónito con tales vocablos. La vida entera convendría que gastase en tomar de memoria uno de tantos términos geométricos como apuntastes. Todo esto es vasquance para mí (564-565).

Durante la conversación -en la cual interviene también don Luis, el soldado-, los protagonistas consiguen superar esa fase de perturbación comunicativa con la sonrisa. Pero, no siendo intención del Doctor suscitar la duda en su oyente, para que la textualidad del diálogo no resulte amenazada, se la dirige de forma clara (42), aunque sin rechazar matices y recursos estilísticos que infunden en ella juegos de sombra y de luz, según los cánones de la prosa barroca. Por momentos, su dicción, de rasgos típicamente "conceptistas" (43), destaca un ritmo nervioso, de forma lacónica y escueta, donde se acumulan varias figuras estilísticas. Dicho laconismo, a través de sinonimias, comparaciones, antítesis, quiasmos y contrastes, quita a la frase todo halago sensorial y la dota de una singular fuerza expresiva que, por el cursus planus del ritmo, adquiere "un matiz elevado y solemne" (44):

Débase considerar con entendimiento firme ser las dichas humanas tan inconstantes, tan caducas y transitorias, que pasan como un relámpago, que vuelan como el viento... Mientras más las apretamos, más presto se escapan y se deslizan. Como sombra, al fin, que huye del que la sigue y sigue al que la huye. De cuerdo es no confiar mucho en las prosperidades, ni en las adversidades rendirse a género de desesperación...

En los mares sucede a la serenidad la tormenta y bonanza a la tempestad. De la misma manera, a las felicidades suceden miserias y a las miserias felicidades. Hállanse en viajes largas llanuras y montañas, ásperos pedregales y prados amenos; tal vez polvo, tal lodo; ya ríos, ya fuentes. Lo mismo se encuentra en el variable curso de la vida: a

veces descontento, a veces alegría, ya trabajos, ya descanso (582-583).

Es preciso recordar, a propósito de ese estilo, lo que había afirmado textualmente el Doctor, en el segundo Alivio de El Pasajero, discutiendo con don Luis sobre Poética:

...en general, deleita y agrada más el decir natural y simple, sin ornamento, sin arte, en la forma que se habla comúnmente. No quieren se halle nada afectado, nada fingido no desencasado del uso vulgar, sino todo sincero, todo sano y sin adulterino color, puesto que, según la opinión de Sócrates, cualquiera es bien elocuente en lo que sabe.

...La prosa, cuando se habla o escribe como se debe, mantiene indecible decoro y gravedad, siendo su artificio mucho más ingenioso que el del verso (122).

Como es fácil constatar por ese breve párrafo -que no pertenece directamente al tratado de cortesanía-, las frases del Doctor van agenciadas sin alteración de las funciones sintácticas, con una expresión que camina siempre directa hacia su objeto (45). Se puede afirmar que el Doctor, por lo general, no retuerce sus frases ni las disloca con forzadas construcciones. Usa a menudo el hipérbaton, eso sí, pero cuando invierte el orden gramatical de las palabras, lo hace para que sus expresiones adquieran cierta intensidad, cierta sonoridad rítmica. En su manera de expresarse, la transposición inversa de los términos -como dice Dámaso Alonso al hablar de Góngora- es "un instrumento apto, que en muchas ocasiones sirve para dar flexibilidad y soltura a la lengua, permite el aéreo encadenamiento de un período" (46), evitando, sin embargo, siempre, que el que escucha pueda perder el contacto con la ilación lógica de las ideas:

Mucho tendrá de su parte andado para adquirir el cielo quien se vistiere de misericordia, y con mucho agradecimiento debe corresponder al favor divino (539).

Ocasiona admiración ver con la facilidad que algunos arrojan el vos a las primeras vistas, cuando el conocimiento aún se halla en las fajas primeras (581).

Podría con semejante deslumbramiento correr azar la intención de ver enfrenada la corriente de aquella infelicidad (639).

El recurso a la imagen -en su distinción de figura lógica (comparación) y de tropo (sinécdoque, metáfora, metonimia)-, se alega y repite insistentemente (47), no solo para aumentar el valor estético del mensaje, sino para realizar su incuestionable función explicativa, gracias a unas identificaciones en que no se pierde nunca de vista el fundamento del símil o la relación entre sentido y traslación:

Emana de aquí el perniciosísimo nombre de adulator, cuya propiedad imita la del escorpión, que con los brazos delanteros y con la lengua acaricia y regala; mas con la cola pica y avenena al que puede tocar (544).

Mas ¿quién no desea ver hinchadas las velas deste ventecillo [la adulación], mientras navega el baje l de la vida por el piélago deste mundo?

Estas lecciones y otras tales os causarán contento y regalo bien diferente del que ocasionan los Amadises, Febos, Orlandos: sueños, profanidades, mentiras, locuras (598).

Finalmente, a un mínimo placer, y este momentáneo, suelen suceder cien mil disgustos (583).

Las figuras del Doctor no obligan nunca la imaginación de Isidro a saltar espacios inmensos para enlazar los dos extremos de la identidad comparativa o metafórica; se amoldan ordinariamente a un mundo sensible, fácilmente accesible al joyero.

Los tropos son una forma de metalenguaje con el cual el Doctor amplía y aclara lo que está diciendo. Igual que las sentencias (48) y los cuentecillos, que intercala en la sucesión de las amonestaciones.

Los apotegmas los emplea -como todas las figuras lógicas- para dar "mayor vigor a las ideas, buscando los matices que las hacen más claras y preciosas" (49), y el pensamiento culto, manifestado en pocas palabras, destaca por su cultura humanística, expresión de las sabidurías griega, latina, italiana y cristiana. El Doctor recuerda siempre sus fuentes doctas:

No hay cosa que tanto engorde el campo (dice Hesiodo) como las pisadas del señor (623).

Quien destas [injurias] se acuerda (dice Séneca), pierde la virtud de la memoria (552).

No se adquiere fama (dice el Dante) de estar sentado sobre plumas y blandos colchones. Y el Petrarca afirma hallarse lejos de la virtud el sueño y el ocio. (554).

No quieras contender con palabras (aconseja San Pablo) (659).

Cuando parece citar de memoria, no deja de advertir que la máxima es ajena y nombra al docto que la formuló con una referencia generalizada (50):

Guardaos del hombre poco curioso en vestir (dijo un discreto), porque éstos, por andar tan remontados en sus pensamientos suelen cuidar poco las obras menores (557).

Esta viene a ser gaje y prenda inviolable en todos [cumplir con su palabra]... sin que se deba perder jamás de la memoria la divina sentencia del Psalmista: "No anularé lo que procediere de mis labios" (612).

Más vale (dice el Sabio) buena fama que muchas riquezas. Y el mismo: "Procura buen nombre, que vale más que inestimable tesoro" (637).

El efecto gramatical de artículos como los que acabamos de subrayar, implica que los mismos "funcione/n/ como presentador/es/ ulterior/es/ de un nombre actualizado por el saber compartido que acompaña su mención" (51). O sea, el artículo puesto delante de un sintagma con significado denotativo generalizado, remite "a un contexto histórico-empírico" (52) que resulta, de cierta manera, familiar a una persona poco instruida como Isidro. El joyero, en su papel de persona poco culta, puede reconocer, en las máximas de autores anónimos a que alude su mentor, el espejo de una tradición cultural a la cual se aferra el que quiera respaldar sus argumentaciones con una verdad que le ponga a salvo de cualquier contraste dialéctico. Y el Doctor, introduciendo, entre las sentencias de autores famosos, las de eruditos desconocidos, consigue efectos de esencialidad paremiológica que su alumno puede considerar sacados de una sabiduría corriente y no especializada.

Por lo que atañe a las pocas citas latinas, que el Doctor incluye en su conversación, ellas, siempre traducidas al castellano, son muy breves, sea para resultar transparentes a Isidro, en su profunda significación, sea para que se graben fácilmente -con su sabor a refrán- en la mente del discípulo, al corroborar, éste, los preceptos, con la aserción intangible de la verdad "eterna" que, por lo general, expresan:

Es difícilísimo de conocer cualquier hombre... Mille hominum species, et rerum discolor usus velle suum cuique est, nec voto vivitur uno. Hay entre los hombres millares de especies. Da a entender... parecer cualquiera de su especie, según tienen todos diversas inclinaciones, desemejantes ejercicios, contrarios pareceres (546).

Sine crimine vivit (escribe un poeta) sed optimus ille est qui minimis urgetur; esto es, "No hay hombre sin falta, y púedese llamar buen varón al que tuviere pocas" (637).

A la función explicativa de dichas sentencias, se incorporan también los cuentecillos y las anécdotas "ejemplares" que el Doctor inserta en la materia doctrinal de su tratado con el objeto de destacar, más todavía, su concepto moral y didáctico. Las que presenta son reflexiones para alertar contra los falsos pobres (539), para ensalzar la virtud del perdón (551), para burlarse de la moda del tiempo (557), de las personas melindrosas (559), de los que creen en la astrología (641-642) y de los que la practican (643), y también

de los que ríen por cosas baladíes (657-658). A veces, son retratos concisamente esbozados de individuos que se hacen los tontos (569), que son tacaños (571), que se jactan desca radamente (573), que respetan o desacatan a los prelados (590). Otras veces, las anécdotas se reducen a una brevísima escena, rapidísimamente delineada, para alabar la prudencia de uno juzgado "simple" (554) o la habilidad de un pintor (648), para censurar la ingenuidad de los que concurren a la casa de los nobles sin conocer a sus dueños (547) o para mofarse de la necedad de un despilfarrador (603).

Todos esos relatos vienen siempre a cuento de lo que el Doctor esta diciendo y esmaltan las enseñanzas con cierta amenidad, destacando, en el docente, el gusto de narrar y del protagonismo. Casi todas las anécdotas se dan como "vistas y oídas" personalmente (53), casi para demostrar al discípulo que no se puede contar sino hechos verídicos y ciertos, fieles espejos de la vida misma (54):

Contóme, como testigo de vista, un caballero de Trujillo, nieto del memorable García de Paredes, un caso sucedido en aquella ciudad dignísimo de quedar grabado con letras de oro, para ser en todas edades ejemplo de vengativos y coléricos (51).

Admiróme cierto día ver hablar a un titulado con su capellán, permitiendo tuviese el bonete en la mano (590).

Halléme una vez en meter paz en cierta riña, derivada de porfiar si era mejor el invierno que el verano (657).

El Doctor presenta historietas honestas, moralizantes (55), ofreciendo con ellas a su alumno una verdadera muestra aleccionadora, la misma que "la tradición teórica de la nove lística española, desde el siglo XII hasta Cervantes, tiene /en/ un nombre, y éste es "exemplum" (56).

La tipología del "ejemplo" se caracteriza, en labios del Doctor, por el esquema mismo en que presenta el conteezue lo la mayoría de las veces: 1) Presentación de la virtud que se debe practicar o del vicio que es preciso aborrecer; 2) relato ejemplificador; 3) consecuencia final dictada mediante una sentencia o las palabras de personajes y autores de la antigüedad o las acciones de famosos hombres españoles:

Una cosa se me ofrece decir, que, si bien en vos parecerá, por vuestra virtud, superflua, debería generalmente ser abrazada de todos, y en particular de los nobles. Esta es la honra y respeto que se debe hacer y tener a los sacerdotes y religiosos... Admiróme cierto día ver hablar a un titulado con su capellán, permitiendo tuviese el bonete en la mano. Tanto más abominé acto semejante, cuanto supe después ser estilo de su altiva y soberbia condición no dejarle cubrir en su presencia. En razón desto no cese de loar al conde de Lemos, padre del que hoy es meritísimo presidente de Italia.



Siendo virrey de Nápoles, en audiencias públicas y secretas no dejaba decir palabra a cualquiera que trujese hábito clerical hasta saber si era de misa o se hallaba con órdenes sacros. Hacía se cubriese sabiendo que los tenía... (590-591).

En sus anécdotas, el Doctor se coloca conscientemente por encima de los personajes que actúan en ellas y de lo que narra, dirigiendo la acción desde el exterior. Como afirma Juan Bosch: "El es el padre y el dictador de sus criaturas; no puede dejarlas libres ni tolerarles rebeliones. Esa voluntad de predominio del cuentista sobre sus personajes es lo que se traduce en tensión, y, por tanto, en intensidad" (57). A través del predominio que ejercita sobre los protagonistas de sus historias, el Doctor vuelve a imponerse como legítimo intérprete de todo el tratadillo del nuevo caballero. Hablando desde su perspectiva docente, vuelve a proponer su "yo" contra el "vos", con que trata a Isidro, y entra directamente en una escena que, en realidad, no ha abandonado ni por un momento. Se materializa, en pocas palabras, en la primera persona con que introduce sus ejemplos, sugiriendo de tal forma que "hace el relato desde su propia atalaya y utiliza el cuento para dar a conocer sus propios sentimientos e ideas" (58).

El Doctor emplea, en sus anécdotas, el perfecto absoluto (59). Esa forma de pasado -como sostiene César Hernández Alonso- es la más adecuada para la narración y su significado desde un punto de vista psicológico, es el resultado de una "memorización" (real o imaginada) de un acontecimiento que ha dejado su huella en nuestra mente" (60). Dicho perfecto, pues, desde el punto de vista del hablante, es el tiempo "más real" (61) y, a través de la tensión que se crea con el tiempo del coloquio en acción, permite que el juego retrospectivo haga más creíbles los consejos del Doctor. Eso, porque el tiempo pasado convierte las experiencias anecdóticas en experiencias vividas que influyen en la situación "presente" de Isidro, con su aspecto de vivencias pasadas, dando complemento sea a la anticipación de la enseñanza, sea a la concentración de la sentencia o moraleja.

Todos los cuentecillos brillan -como dijimos para el tratado en general- por su claridad expresiva, presupuesto necesario para que puedan ser descodificados fácilmente por quien los escucha. En ellos, el orden lineal de los elementos oracionales se sitúa en un mensaje adecuado para una captación inmediata. La presentación -a manera de entrada- del vicio o la virtud (que a continuación los cuentecillos complementan) sirve como llave de "acceso a la conciencia de los interlocutores e información sobre las contingencias extralingüísticas que condicionan" los fenómenos de expresión (62).

Los conceptos de las anécdotas se enfatizan por medio de una estructura lingüística cuyos elementos temáticos rompen con la coherencia de las asociaciones normales, pero recaen siempre en una escala de aceptabilidad, ya que las "violaciones de la jerarquía remática" no son nunca desproporcionadas ni chocantes (63):

nadas ni chocantes (63):

En cierto viaje, me hizo compañía un niño. tan molesto por las posadas en las comidas, que cosa no hallaba en ella que le agradase (559).

En Madrid fue un viejo mi vecino, por fama, de mucha paciencia, y tan deslucido, que recién venido yo al barrio, no conociéndole, compadecido de su ancianidad, sin pedírmela, le ofrecía limosna (571).

Con estos y otros circunloquios y rodeos molía el un contendor las entrañas (658).

Si a lo dicho, se añade que los temas presentados por las anécdotas, son eminentemente humanos o, por lo menos, humanizados, se comprende cómo, con ellos, se quiere zaherir la sensibilidad de Isidro, para estimular su reflexión, y las vivencias que narran dichos cuentecillos, enlazándose dialécticamente con lo que explican, hacen que su contenido cobre valor de categoría universal, al destacar un carácter "ejemplar, representativo de otros muchos equivalentes" (64).

\* \* \*

Hemos venido subrayando, hasta aquí, cómo el Doctor, para hacer creíbles sus adoctrinamientos, se sirve a gusto del énfasis, bien para exhortar, o para dejarse implicar a sí mismo por lo que sostiene; cómo procura despertar el interés de Isidro con enunciaciones volitivas y cautivadoras al mismo tiempo; y de qué manera se esfuerza por hacer claras y transparentes sus expresiones demostrativas. A pesar de ello, hace falta insistir en el hecho de que su tratado de cortesanía -que debería sugerir unos preceptos capaces de plasmar a un caballero cuyas virtudes físicas y espirituales se resolvieran en equilibrada y armoniosa síntesis- se presenta, al final, como un discurso en que no se mantiene el sentido de la medida. En todo él se acentúa una incertidumbre de fondo que, según lo que pensamos, forma parte de "l'esprit du siècle" en que se concibe, y que "se muestra prodigios(o) en contrastes como resultado del desequilibrio psicológico de la época" (65).

Esa incertidumbre se manifiesta especialmente en las contradicciones con que se facilitan algunos consejos a Isidro: se le incita al amor para con los pobres (539) y se le alerta contemporáneamente contra los "falsos pobres" (539); se le invita a ser sincero (543), pero se le evidencia que puede tener disgustos si no emplea la lisonja (544); se vitupa la ira como un vicio (547), pero se admite como castigo contra sí mismo al no obrar rectamente (548); se aconseja la piedad por los que padecen alguna deformidad corporal (553), pero se recomienda huirlos para evitar desagradables apodos (629). El caballero "será tal" -afirma el Doctor- si se demuestra "desenvuelto en las conversaciones" (567), pero ensalza al mismo tiempo el callar como una prenda preciosa, y concluye: "No podemos negar hallarse en iguales balanzas de perfección el callar y hablar" (654). El docente juzga positivamente que el caballero tenga algún amigo (580), pero

alaba la "soledad elegida" (581); de un lado, considera útil que Isidro le "sus propias cosas en las conversaciones" (573), y por otro, rebaja la soberbia en las prosperidades (582). Por lo que atañe a la conducta que se debe tener con los criados, sugiere la severidad (555 y 620), pero aconseja comprensión y justicia (584-585). A los que sirven los juzga ora víctimas, ora personas peligrosas y malévolas (586). Recrimina contra los viejos "pedantes" (580) y solicita la familiaridad con ancianos cuerdos (629); critica la amistad con muchachos jóvenes (620), pero conviene en que puede haber mozos excelentes (631). Lo más chocante es lo que afirma acerca de la maledicencia. El Doctor está convencido de que es uno de los peores defectos, uno de los vicios más detestables (605) y, con todo, cuela en sus palabras unos flechazos algo hirientes contra personajes que serían fácilmente reconocibles (66).

Parece como si el Doctor quisiera acompañar sus amaestramientos con una actitud de prudente cautela con la cual delimitar las posibilidades de la formación de Isidro. La perfección se supedita, de cierta manera, a la apariencia engañosa de la realidad y, por consiguiente, la confiada exaltación del hombre y de su valorización moral (que había sido fórmula y precepto del Renacimiento) se viene abajo.

El Doctor afirma:

Pondréis, pues, cuidado en que vuestra vida sea en todas partes conforme, igual, absoluta y perfecta. Perfecta, digo, ni simplemente, porque en las cosas humanas no se halla perfección: mas considerámosla perfeta según nuestra fragilidad (648).

Es una manera, ésta, de mirar hacia el hombre sin un jubiloso concepto de la vida ni una alegre confianza en la bondad de la Naturaleza. Las referencias que, por momentos, el Doctor hace al "piélago deste mundo" (544) o al "océano de trabajos y desgracias" (553), que representa la existencia, quieren llamar la atención del discípulo sobre un mundo de falsas apariencias. El Doctor amaestra a su oyente porque piensa que Isidro pueda hacerse a sí mismo, como noble, y con ello —asegura Juan Antonio Maravall— "queda afirmada la fundamental condición de la plasticidad y moldeabilidad del hombre, que por hallarse siempre en un proceso de realización puede actuar sobre sí mismo y pueden actuar los demás sobre él configurativamente" (67).

Sin embargo, la idea de la apariencia engañosa de las cosas se impone en las enseñanzas del Doctor, el cual invita a Isidro —sobre todo en el calor de las primeras amonestaciones— a "aparentar", a "dejarse ver", a lucirse exteriormente:

Saldréis, sin ser necesario, a recorrer de cuando en cuando la procesión, con título de que la ordenáis, sólo para dar lugar a que os vea la muchedumbre (545).

Convendrá no perder día de representación nueva, poniendo cuidado en que el repartidor de los asien-

tos os señale uno de los mejores, como se suele decir, en delantera, para que desde allí seáis visto del concurso de ambos sexos (555).

En el ornato exterior no es lícito dispensar al novel caballero, por ser cosas que llevan tras sí los ojos de cuantos las veen (558).

Convendrá sacar la espada en algunas ocasiones, aunque sea con título de meter paz, procurando sea, siendo posible, en lugares públicos (564).

La sarcástica crítica que semejantes consejos suponen a la vista de un mundo que el Doctor demuestra conocer muy bien, da origen a unas actitudes, a veces negativas, de ese mismo personaje, cuyo humor no siempre consigue despojarse de cierta acritud. La suya no es la ironía sana y luminosa de un Cervantes, quien "lejos de destruir, eleva y dignifica cuanto toca porque tiene su raíz en un sentimiento de género sa comprensión" (68), sino la exacerbada reprobación del qué quiere destacar y burlarse de las mezquindades humanas. Pero el Doctor sabe que el siglo del "descontento", en que a él y a Isidro les toca vivir, "lo es también de la busca del "medro", del éxito, de la ostentación, de la riqueza, con un afán de inserción en el mundo incontentible, de afirmación triunfante sobre el suelo movedizo de la sociedad" (69): por ello da sus consejos al joyero presentándoselos -como hemos podido comprobar- con una "curiosidad" unida a una experiencia de lenguaje que, en su aparente convencionalidad, se presenta como un fenómeno polifacético, rico en expresividad; calidad ésa, que lo hace esencial, desde el punto de vista estilístico, si es verdad -como declara Stendhal- que el estilo puede ser, entre otras cosas, "ajouter à une pensée donnée toutes les circonstances propres à produire tout l'effet que doit produire cette pensée" (70).

El Doctor utiliza el fenómeno lingüístico para penetrar, interpretar, describir el tema del caballero y, puesto que "la esencia del lenguaje se da en el diálogo, en el "hablar uno-con-otro" (71), realiza ese hablar de la forma más dinámica -el diálogo propiamente- para que sea energía intrínseca (como actividad creadora, para él, que lo emplea) y extrínsecamente (como suma de posibilidades, para Isidro, que lo capta). Instrumento de vida práctica, el discurso del Doctor ofrece a Isidro, individualmente, unas oportunidades que pueden ser posibilidad universal, ya que sus fórmulas se hacen accesibles para todos los potenciales caballeros. El Doctor se vale del lenguaje para expresar las fuerzas emocionales de su alma y, a través de ellas, despertar en Isidro una reacción positiva o negativa a lo que dice. Le invita a reflexionar y lo realiza de manera ora imperativa, ora exhortativa, tomándole casi del brazo, para instruirle paternalmente y demostrarle, con ejemplos apropiados, que lo que afirma es digno de tenerse en cuenta. Todas sus enseñanzas se las facilita con íntima participación, como si deseara fundirse con él y aumentar el poder de convicción de sus palabras al enjuiciar un mundo que mira con la ironía, la antipatía, el sarcasmo o la benevolencia que los varios momentos de enfoque y las situaciones le sugieren.

Este vasto mundo que pone en tela de juicio el Doctor es un mundo cuya naturaleza manifiesta al relacionar el posible comportamiento del caballero novel con órdenes más amplios. La correspondencia entre la conducta del futuro "cortesano" y los principios que rigen aquel ambiente, viene descrita también frecuentemente -siempre en el campo de la expresión lingüística- por la relación lógica de algunas conjunciones y consecutivas:

Consiste la experta discreción -afirma el docente- en gastar la renta que Dios da con tanta industria, destreza y prevención, que jamás peligre el individuo de toda la hacienda, pues se debe conservar con el cuidado que la planta en el jardín para que dé fruto todos los años. Es justo acomodarse siempre con los tiempos; que no todos dan franca licencia para el gasto excesivo... Hombres hay que traen a cuestras todo su caudal, gastando muchos ducados en un solo vestido. Procuran ennoblecen por este camino, y es el caso que antes se echan a perder; porque como quiera que en sus haberes se conocen cortas raíces, sólo sirve aquel demasiado lucimiento de tenerlos por locos. ...Por manera, que conviene en esta parte usar de modestia, evitando todo lo posible no hacerse singular con deslumbrados excesos (613).

Dichas conjunciones, al subseguirse en estrecha concatenación sindética, realizan -lo subrayamos una vez más- no solo la perspectiva emocional del docente, sino su estrecha conexión, sea con un mundo bien definido y conectado en sus instituciones, sea con su oyente directo, quien, con ese mundo, va a relacionarse.

Como salta fácilmente a la vista, la impresión que emana de parecido lenguaje es un conjunto de solemnidad y pathos, de ironía y amargura. Pero, desde cualquier punto de vista que se analice, es posible admitir que los elementos evocativos de la personal expresión léxica del Doctor, al asociarse con un determinado ambiente histórico-social, saben encontrar "il grado giusto d'emozione e di vigore.... il tono, il ritmo, la struttura fonetica e il registro stilistico più adatto allo scopo che [si] vuole raggiungere e alla situazione nella quale si produce" (72).

\* \* \*

Para concluir nuestro breve análisis, podemos añadir todavía solo esto: el Doctor, como autor implícito del tratado de cortesanía, se hace portador de sensaciones, opiniones, formas de comportamiento. Su fuerte sentimiento de individualidad personal le empuja a hacerse docente para desarrollar en Isidro ciertas capacidades de vida y de juicio que le permitan llegar a la "madurez" necesaria para afrontar el mundo en que aspira a entrar. Pero las elecciones temáticas, estilísticas y de contenido que efectúa dejan entender que la cantidad auténtica de sus oyentes aumenta considerablemente en perspectiva histórica. El lenguaje claro y sencillo que utiliza guía el ojo no solo a los aspirantes



caballeros del tiempo, sino a los lectores ideales de la obra, a los que se dirige el verdadero autor del tratado, Cristóbal Suárez de Figueroa (73).

El registro lingüístico, de que se sirve el creador de El Pasajero en la parte que hemos venido definiendo como un tratado de cortesanía, se aplica a acciones y comportamientos reales que acaban por ser un veredicto acerca de los representantes de un determinado ambiente social. El medio formal de ese registro lingüístico, gracias al mensaje que envía y a las características que cobra, sobrepasa el nivel sincrónico en que se crea y da un sentido de perenne contemporaneidad y universalidad a la obra en que se inserta, debido a la carga polisémica que lleva en sí y que "permette la sua fruibilità in funzione di modelli letterari (e prima ancora socio-ideologici) delle varie epoche" (74). Aún desde un punto de observación puramente contemporáneo, puede admitirse, pues, que la descodificación del mensaje del Doctor Suárez de Figueroa resulta sencilla y vivaz: su función de signo llega, en efecto, a nuestra competencia lingüística con la disponibilidad de una lectura asequible -aunque, quizá, alótropa-, ya que se amolda a la que nos atreveríamos a definir de "conciencia colectiva", que tiene chocantes, pero legítimos puntos de relación, con un contexto socio-cultural tan lejano (y creemos, solo aparentemente, ajeno) como el de un cortesano del tiempo de Felipe III.

## NOTAS

1. El / PASSAGERO / Advertencias / Vtilissimas A La / Vida Humana. / Por El Doctor Chria- / toual Suarez de Figueroa. / A La Excelentissima / Republica de Luca. / (Grabado: Proca de un barco) / Con Privilegio, / En Madrid, Por Luya Sanchez, Año 1617. / Vendese en la torre de Santa Cruz. Cfr. Suarez de Figueroa: Portada de El Passagero, Madrid, Luya Sanchez, 1617.  
Una segunda edición de la obra se hizo en 1618, en Barcelona, "por Geronimo Margarit y a su costa", en octavo también. En nuestro siglo, la obra de Suárez de Figueroa ha sido reeditada tres veces, en Madrid: en una edición de F. Rodríguez Marín, Biblioteca Renacimiento, 1913; en una edición de R. Seiden Rose, Sociedad de Bibliófilos Españoles (vol. XXXVIII), 1914; y en una edición de J. García Morales, Ed. Aguilar, 1945. De esta última edición sacamos los fragmentos citados en nuestro ensayo.
2. Suárez de Figueroa es autor, además, de las siguientes obras: La constante Amarilla (novela pastoril, 1609); España defendida (poema épico, 1612); Hechos de don García Hurtado de Mendoza (apologética biografía del padre de don Juan Hurtado de Mendoza, 1613); Relacion de la Brosissima jornada que la Magestad del Rey Don Felipe, Nuestro Señor, ha hecho ahora con nuestro Príncipe y la Reyna de Francia, sus hijos, para efetuar sus reales bodas (obra de circunstancia, 1615); Plaza Universal de todas ciencias y artes (traducción, en parte refundida y añadida, del trabajo enciclopédico del italiano Tomás Garzoni: La Piazza Universale di tutte le professioni del mondo, 1615); Varias noticias importantes a la humana comunicacion (tratado didáctico y moralizador, 1621); Pusiliplos (ratos de conversación en lo que dura el paseo (dedicado al duque de Alcalá, virrey de Nápoles, 1619)). A estas obras hay que añadir: las traducciones de El Pastor Fido de Guarini (1609) y la Historia y Anal Relacion de las cosas que hicieron los padres de la Compania de Jesus por las partes de Oriente (producción de circunstancia también y traducción concisa del libro del padre portugués Fernão Guerreiro, 1614). Otros trabajos que Suárez de Figueroa afirma haber compuesto, pero que no nos han llegado, son: la traducción de las Opera Spirituali, de la madre Bautista de Génova; Residencia de talentos, Olvidos de príncipes, Desvarios de las edades, La Aurora, con los primeros ejercicios de vivientes. Cfr., J.P. Wickersham Crawford, Vida y obras de Cristóbal Suárez de Figueroa, traduc. por N. Alonso Cortés, Valladolid, Imprenta del Colegio de Santiago, 1911, pp. 1-88.
3. Intentamos demostrar cómo el personaje del Doctor puede identificarse con la personalidad del propio autor, en otro ensayo. Cfr., E. Panizza, "El Passajero" de C. Suárez de Figueroa (1617), Università degli Studi di Padova, 1983, pp. 6-11.
4. Emplemos, de aquí en adelante, el título de la obra de Suárez de Figueroa con la grafía modernizada, propuesta en la edición de J. García Morales.
5. A. Valbuena Prat, Historia de la Literatura española, 5ª ed., Barcelona, Ed. Gili, T.II, p. 153.
6. Debido a la cantidad de citas que presentamos en nuestro estudio, juzgamos oportuno transcribir, al final de cada una de ellas, la

- página correspondiente al texto de la edición citada, de J. García Morales.
7. Isidro pertenece a la categoría de los artesanos y menestrales. Es una persona que se dedica a un arte mecánico y que, al trabajar con las manos, puede ser menospreciado por cualquier noble, de título más o menos elevado. Su afán nobiliario se justifica con su deseo de mejorar, porque el platero sabe perfectamente que su época "considera (ba) indecentes y viles muchos oficios e incapacita(ba) para ciertos cargos y dignidades no solo a los que los [ejercen], sino a sus descendientes". Cfr., C. Pérez Bustamante, Historia de la civilización española, Madrid, Ed. Atlas, 1946, p. 206.
  8. M. Puerta, La trayectoria ideológica de Cristóbal Suárez de Figueroa, Tesis doctoral, University of Illinois at Urbana Champaign, 1975, p. 182.
  9. Según lo que refiere J.P. Wickersham Crawford, Suárez de Figueroa testificó, ante la Inquisición, que había nacido de padres nobles. "Es probable -refiere el crítico americano- que su familia tuviese lejano parentesco con los duques de Feria, una de las más nobles familias de España, y cuyo apellido era Suárez de Figueroa. En la España defendida, habla en términos encomiásticos de D. Lorenzo Suárez de Figueroa, duque de Feria, que había servido a su nación en varias misiones importantes. En la Biblioteca Nacional de Madrid, un ejemplar de la biografía del Marqués de Cañete, escrita por Figueroa, contiene una nota que puede arrojar alguna luz sobre este punto. En la introducción donde se habla de Figueroa como natural de Valladolid, la palabra natural está tachada, y se ha puesto en su lugar vecino. Al margen dice así una nota de mano contemporánea: "natural de Badajoz, de la casa de los duques de Feria, tío de Don Diego Suárez de Figueroa, también famoso escritor". Esta nota puede ser de escaso valor, puesto que ya sabemos que Figueroa había nacido en Valladolid, y no en Badajoz, pero tiende a confirmar la creencia de que tenía alguna relación con la familia de Feria". Si, además, se tiene en cuenta los flechazos que don Juan Ruiz de Alarcón dirige -en Mudarse por mejorarse- a las pretensiones del escritor por pertenecer a la noble familia, resulta claro que el prurito de noble Suárez de Figueroa lo tenía, y muy arraigado. Cfr., J.P. Wickersham Crawford, Op. cit., pp. 5-6.
  10. E. Panizza, Op. cit., pp. 6-11.
  11. J.P. Sartre, Qu'est-ce que la littérature? Paris, Ed. Gallimard, 1948, p. 50.
  12. G. Genette, Figures III, Paris, Ed. du Seuil, 1972, p. 193.
  13. Ibid., p. 193.
  14. Curioso denota al "que trata alguna cosa con particular cuidado y diligencia, y de allí se dixo curiosidad, vel a curia, o del adverbio cur; porque el curioso anda siempre preguntando: ¿Por qué es esto, y por qué estotro?". Cfr. S. de Covarrubias, Tesoro de la lengua castellana o española, Madrid, Ed. Turner, 1984, p. 388. Curioso significa, pues, "aseado, primoroso, esmerado en la ejecución de las cosas..."; "Se toma también por lo que esté dispuesto con mucho aseo, primor y hermosura", Cfr., RAE, Diccionario de Au-

- toridades, Madrid, Ed. Gredos, 1964, t. I, p. 709.  
Curioso es el que "pone particular cuidado y diligencia en lo que hace o trata" y en este sentido emplean el término autores como Cervantes, Lope, y Fray Luis de León. Cfr., R. J. Cuervo, Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1954, T. II, p. 703.
15. Tenemos en cuenta la subdivisión de los consejos sugerida por M. Puerta -Cfr., Op. cit., pp. 193-190-, pero proponemos una clasificación nuestra, que juzgamos más apropiada y funcional.
  16. G. Genette, Op. cit., p. 253.
  - 17 y 18. E. Benveniste, Relaciones de personas en el verbo, en Problemas de lingüística general, trad. de J. Almela, México, Siglo XXI, Ed. 1971, pp. 158-171.
  19. "De hecho, usado recíprocamente, vos servía para el trato de confianza entre iguales, según hacen los interlocutores del Diálogo de la lengua y según dice Correas en 1626... El éxito que en el siglo XVI logró vuestra merced como fórmula de respeto contribuyó decisivamente a que vos se convirtiese en tratamiento para iguales de mucha confianza o para inferiores; en ambos casos hubo de colidir con el uso de tú". Cfr., R. Lapesa, Personas gramaticales y tratamientos en español, en Revista de la Universidad de Madrid, XIX, 1970, pp. 144-155.
  20. Ibid., p. 171.
  21. En uno de los preceptos, el Doctor afirma lo siguiente: "No podréis excusar el vosearos con algunos [viejos pedantes], pareciéndoos no estar bien trabada la amistad cuando se frecuente demasiado el vuesa merced. Estilo es éste que repugna grandemente a mi condición y júzgo de propósito no más que en diálogos de libros donde hablan personas que no se ven en las caras. Ocasiona admiración ver con la facilidad que algunos arrojan el vos a las primeras vistas, cuando el conocimiento aún se halla en las fajas primeras..." (581).
  22. E. Benveniste, Op. cit., p. 170: el autor francés refiere, sin embargo, susodicha afirmación hablando del nosotros.
  23. P.H. Fernández, Estética, Madrid, Ed. Porrúa, 1969, p. 55.
  24. Ibid., p. 40.
  25. P. Guiraud, Essais de stylistique, París, Ed. Klincksieck, 1969, p. 71.
  26. E. Panizza, Op. cit., pp. 245-254.
  27. A. Alonso, Noción, emoción, acción y fantasía en los diminutivos, en Estudios lingüísticos (temas españoles), Madrid, Ed. Gredos, 1967, p. 163.
  28. F. Marcos Marín, Introducción a la gramática española, 2ª ed., Madrid, Ed. Cíncel, 1975, p. 133.
  29. A. Nález Fernández, El diminutivo, Madrid, Ed. Gredos, 1973, p. 214.

30. A. Alonso, Op. cit., p. 170.
31. Ibid., p. 174.
32. H. Weinrich, Estructura y función de los tiempos en el lenguaje, ver. de F. Latorre, Madrid, Ed. Gredos, 1969, p. 69.
33. Ibid., p. 70.
34. V. Lamíquiz, Lingüística española, 4ª ed., Universidad de Sevilla, 1975, p. 330.
35. M. Molho, Sistemática del verbo español, Madrid, Ed. Gredos, T. II, p. 302.
36. F. Marcos Marín, Op. cit., p. 189.
37. W. Weinrich, Lenguaje en textos, ver. de F. Meno Blanco, Madrid, Ed. Gredos, 1981, p. 146.
38. F. Marcos Marín, Op. cit., p. 189.
39. M. Molho, Op. cit., p. 377.
40. A. Bello, Gramática, en Obras Completas por el Ministerio de Educación, Caracas, 1951, T. IV, p. 159.
41. M. Molho, Op. cit., p. 490.
42. A la claridad del texto contribuye también -en nuestra opinión- el hecho de que el Doctor no emplea, durante sus explicaciones, mucha poesía. (En el resto de El Pasajero, la alternancia de prosa y poesía es una costumbre estilística común, para destacar cierto virtuosismo). El único soneto que el Doctor trae a colación es fácilmente inteligible y propone un asunto de poca trascendencia como es la crítica de un tacaño:  

Si miras bien, la abeja cuidadosa  
 tu mengua solicita, ¡oh ciego anciano!  
 cuando en las frescas horas del verano  
 susurrante se atreve a flor, a rosa.

No tanto afana para sí, envidiosa  
 por suerte en dar del pródigo gusano,  
 que muerto y vivo rinde al cortesano  
 tanta y de tanto honor gala lustrosa.

Tú, cuya espalda el tiempo, cuyo paso,  
 corva y enfrena, cuando al nada corres,  
 eligiendo por dioses falsos bienes,  
 antes imita que al postrer acaso  
 llegue tu ser. ¿Qué juntas? ¿Qué detienes,  
 si son contra la edad flacas las torres? (572)
43. Empleamos el término en el sentido que le atribuye Fernando Lázaro hablando de Góngora: "Capacidad del escritor para crear relaciones y establecer correspondencias para engendrar conceptos". Cfr., F. Lázaro Carrster, Estilo barroco y personalidad creadora, Ed. Cátedra, Madrid, 1977, p. 16.



44. W. Kayser, Interpretación y análisis de la obra literaria, 4ª ed., Madrid, Ed. Gredos, 1976, p. 347. Y también, Cfr., H. Lausberg, Manual de retórica literaria, var. de J. Pérez Riesgo, Madrid, Ed. Gredos, 1967, T. II, p. 114.
45. El Doctor manifiesta su contrariedad por las formas oscuras dos veces más, en El Pasajero: Siempre hablando con don Luis (y aquí el ataque de Suárez de Figueroa a los culteranos es evidente), se tiene: "Sin duda se levanta en España nueva torre de Babel, pues comienza a reinar tanto la confusión entre los arquitectos y peones de la pluma. No sirve el hablar de encubrir o poner en tinieblas los conceptos sino descubrirlos y declarararlos... Pena es de sentido, como las de las almas, atormentar con la difícil construcción de los períodos" (144-155). En otro momento, comentando con el Maestro los versos que éste ha compuesto, dice: "Agradame, sobre todo, el cuidado con que huís la afectación enigmática; que es singular virtud decir libre y claramente, sin cansar el ánimo del que oye con dureza y oscuridad... no por esto quiero condenar la observación del artificio con que se debe escribir, eligiendo palabras vestidas de grandeza y autoridad. Lo demás sería valerse de viles instrumentos como de poco espíritu y vigor, de humildad y bajeza" (238).
46. D. Alonso, La lengua poética de Góngora, Madrid, Ed. Gredos, 1935, p. 190.
47. E. Panizza, Op. cit., pp. 219-245.
48. Casi al final de su larga plática, el Doctor admite abiertamente: "Débese tener asimismo estampadas en la memoria las sentencias que aprobó el largo tiempo, y valerse dellas en la necesidad" (659).
49. P. H. Fernández, Op. cit., p. 74.
50. Sólo en una ocasión se expone una sentencia sin ninguna citación: "De aquí emanó aquella sentencia, digna de mil atenciones y de ser por momentos referida: "No huele siempre bien el que anda perfumado" (558).
51. F. Lázaro Carreter, El artículo en español, en Estudios Lingüísticos, Barcelona, Ed. Crítica, 1980, p. 41.
52. Ibid., p. 41.
53. Cuatro cuentecillos van presentados de manera que definiríamos impersonal. Tres de ellos pueden dejar suponer, en quien los cuenta, el conocimiento directo o indirecto del suceso que refieren, porque se incluyen naturalmente en el discurso del Doctor:

En cierta comida pidió uno de estos [un convidado] de beber casi al oído; partió el sirviente en el aire y volviendo con un jarro común de taverna, procuró dárselo con gran recato. Quiso saber el señor lo que encubría; habiéndolo entendido, preguntó la causa que le movió a traer el jarro y vino con tanto secreto; respondió por habérselo pedido aquel hidalgo con mayor y creer lo quería despachar a escondidas (547).

Recogíase uno tenido por simple todos los días muy temprano, y preguntándole la causa, respondió: "Si una gallina, cuyo valor es apenas de cuatro reales, tiene tan particular cuida

do de su vida, que antes de ponerse el sol se retira y acuesta, ¿por qué yo, que valgo más que ella, no haré lo mismo?" (554).

Cosme, gran Duque de Florencia... fue engañado de cierto amador de esta locura [la quiromancia], haciéndole gastar ridículamente en ella mucho tiempo y no poca hacienda. Al fin, perdida la esperanza de fijar al inquieto azogue, ya huido al cuajaenredos, preguntado de un su valido cómo había entrado tan a ciegas en tan confuso laberinto, respondió... (646-647).

La cuarta anécdota se introduce con un esquemático dícese y refiérase el conocidísimo episodio del artista Zeusis (a quien no se nombra), el cual pintó una figura estupenda de mujer juntando las partes perfectas de las doncellas más hermosas.

54. Aunque no hemos podido averiguar hasta qué punto las historietas del Doctor son harina de su costal, hay que tener en cuenta lo que afirmaba Cervantes, en el Prólogo de sus Novelas Ejemplares: "que las muchas novelas que en ella [la lengua castellana] andan impresas, todas son traducidas de lenguas extranjeras, y éstas son más propias no imitadas ni hurtadas". Cfr., M. de Cervantes, Novelas ejemplares, nota preliminar de F.S.R., prólogos de A. Valbuena Prat, 5ª ed., Madrid, Ed. Aguilar, 1957, p. 24.
55. En la Censura del Ordinario, que precede a El Pasajero, el Doctor Gutiérrez de Cetina destacaba -el 22 de julio de 1917-: "Contiene muchas moralidades, muy útiles para la vida humana y saberse regir correctamente" (30). De su parte, Suárez de Figueroa, en la dedicatoria Al lector afirma haber radactado su obra "con deseo de que espire suavísimos olores de virtud enderezados... a alguna reformation de costumbres" (30-31). Si a esto se añade lo que el Doctor piensa de las novelas en general (y sus contezuelos son novelas miniaturizadas), que "tomadas con el rigor que se debe, es una composición ingeniosísima, cuyo ejemplo obliga a imitación o escarmiento. No ha de ser simple ni desnuda, sino mañosa y vestida de sentencias, documentos y todo lo demás que puede ministrar la prudente filosofía" (136), puede comprobarse cómo el autor de El Pasajero, a través de su portavoz, el Doctor, mantiene, en el ámbito de su tratado de cortesanía, lo que promete. Eso, contrariamente a lo que hacían o habían hecho muchos colegas suyos, quienes, aun anunciando, en sus prólogos, la presentación de ejemplos edificantes, acababan por excederse en lo ilícito o procaz. Baste pensar en autores como Juan de Timoneda -Cfr., El Patrañuelo, ed., prólogo y notas de F. Ruiz Morcuende, Madrid, Ed. La Lectura, 1930-, Juan Rufo -Cfr., Las seiscientas apotegmas, ed., prólogo y notas de A. Blecuá, Madrid, Ed. Espasa-Calpe, 1972-, y el propio Cervantes de las Novelas ejemplares. Las aseveraciones moralizantes de los prólogos eran, en realidad, un tropo que "siguió siendo para muchos autores (aunque no para todos) una simple etiqueta, una fórmula, una máscara o fachada", según W. Pabst. Cfr., La novela corta en la teoría y en la creación literaria, ver. de R. de la Vega, Madrid, Ed. Gredos, 1972, p. 216.
56. Ibid., p. 185.
57. J. Bosch, Teoría del cuento, Mérida, Venezuela, Universidad de los Andes, cit. por E. Brandenberger, Estudios sobre el cuento español contemporáneo, Madrid, Ed. Nacional, 1973, p. 264.

58. E. Brandenberger, Op. cit., p. 260.
59. Sólo una vez habla en presente:  

En dos extremos hallo puestas todas las conversaciones de las más auntuosas ciudades: uno de lisonjas y otro de porfías. Júntanse... en esta o aquella casa cuatro, seis, o más conocidos... y comienzan a sacar al teatro de los ojos y oídos los discursos o versos que, en su opinión, tienen más erudición y elegancia... (655).
60. C. Hernández Alonso, Gramática funcional del español, Madrid, Ed. Gredos, 1984, p. 334.
61. Ibid., p. 324.
62. H. Contreras, El orden de palabras en español, 2ª ed., Madrid, Ed. Cátedra, p. 22.
63. Ibid., p. 113.
64. E. Brandenberger, Op. cit., p. 256.
65. J. García López, Literatura española, 5ª ed., Barcelona, Ed. Teide, 1959, p. 219.
66. Considerando que el verdadero autor del tratado es Suárez de Figueroa, aunque encubiertas, las alusiones del Doctor contra Francisco de Quevedo (pp. 542 y 565), don Juan de Argüjio (p. 504), y don Juan Ruiz de Alarcón (p. 629) resultan claras y han sido subrayadas detalladamente por J. García Morales, en la edición de El Pasajero que usamos y, en el caso específico, por lo que atañe a la parte que hemos estudiado como tratado de cortesanía.  

En otras páginas de la obra de Suárez de Figueroa se encuentran referencias contrarias a: Miguel de Cervantes (pp. 141-166-168), Lope de Vega (p. 170), Pedro de Espinosa (p. 147), Erasmo de Rotterdam (p. 167), Sebastián de Castellano (p. 173) y Agustín de Rojas Villandrando (pp. 177). Cfr. las notas de El Pasajero, y, a propósito de ese asunto, J.P. Wickersham Crawford, Op. cit., pp. 61-72.
67. J.A. Maravall, La cultura del barroco, 2ª ed., Barcelona, Ed. Ariel, 1981, p. 349.
68. J. García López, Op. cit., p. 240.
69. J.A. Maravall, Op. cit., p. 408.
70. Stendhal, Racine et Shakespeare, cit., por S. Ullmann, Stile e linguaggio, trad. de O. Rossi Devoto, Firenze, Ed. Vallecchi, 1968, p. 138.
71. E. Coseriu, El hombre y su lenguaje, Madrid, Ed. Gredos, 1977, p. 15.
72. S. Ullmann, Op. cit., p. 141.
73. Según la teoría de Alonso López Pinciano, quien, en 1596, publicaba su Philosophia Antigua Poética, la "literatura viene a ser una especie de vademécum para la vida que, además, está libre de las

vicisitudes decepcionantes del mundo físico. Produce tipos ideales, es decir, es universal. En la literatura, el proceso natural puede dar sus frutos, mientras en la vida real tiene que fracasar parcialmente, y en este sentido la literatura puede convertirse en el medio más válido con que corregir y guiar a la sociedad". Cfr., S. Shepard, El Pinciano y las teorías literarias del siglo de oro, Madrid, Ed. Gredos, 1970, p. 55.

75. M. Corti, Principi della comunicazione letteraria, Milano, Ed. Bompiani, 1976, p. 18.

